

REPERCUSIONES REGIONALES DE LA REVOLUCION SANDINISTA

Cristina Eguizábal M.

“La nueva Nicaragua surge como un elemento que vendrá a reforzar las tendencias de una América Latina que empieza a percatarse de sus intereses propios como parte del Tercer Mundo”.

El futuro de la América Latina aparece condicionado por la posición que ella logre ocupar en el ámbito mundial y por el grado de control que llegue a ejercer sobre sus recursos naturales y sobre sus relaciones comerciales con el resto del mundo.

La revolución nicaragüense constituye “un modelo de ‘salida de la dictadura’ susceptible de utilizarse nuevamente. . . en la América Central y acaso también en el Cono Sur”.

La no intervención, la autodeterminación de los pueblos, el “tercermundismo” y el establecimiento de un nuevo orden internacional como fundamentos de la política exterior del nuevo Gobierno de Nicaragua.

Introducción

Todavía es difícil valorar con precisión las repercusiones continentales y regionales de la caída de la dictadura en Nicaragua. Sin embargo, es necesario hacerlo, aunque sea en forma breve y un tanto aleatoria, sin perjuicio de que el futuro nos desmienta. De hecho, aun antes del triunfo de las fuerzas sandinistas, el sistema interamericano, en los peores momentos de la guerra, mostró al mundo su profunda transformación con relación a su trayectoria tradicional desde los años inmediatos de la posguerra.

Dentro de este contexto, la nueva Nicaragua surge como un elemento que vendrá a reforzar las tendencias de una América Latina que empieza a percatarse de sus intereses propios como parte del Tercer Mundo.

El estudio de las relaciones internacionales de América Latina deja ver un cambio fundamental en el patrón que las inspiró durante los 25 años precedentes. Primero, con respecto a sus relaciones con el centro; segundo, con respecto a las relaciones intrazonales. Como lo sugiere Luciano Tomassini, "Parecería prudente reconocer que (el cambio) apunta hacia una mayor independencia de las políticas exteriores de los países latinoamericanos, hacia una mayor diversificación de las mismas, o hacia lo que podría ser una combinación de ambas interpretaciones, a saber, una diversificación de sus vínculos de dependencia"¹. Esto se combina con la formación de subsistemas regionales, basados esencialmente en tentativas de integración económica, tendientes a reforzar la viabilidad nacional de los países medianos y pequeños en forma colectiva².

Cada vez resulta más evidente para todos los países de la región que su futuro se encuentra condicionado por la posición que ésta logre ocupar en el ámbito mundial, por el grado de control que lleguen a ejercer sobre sus recursos naturales y sobre sus relaciones comerciales con el resto del mundo, así como por las condiciones de acceso que logren imponer a la inversión y a la tecnología extranjeras.

En este trabajo se intenta primero elucidar la *situación* dentro del nuevo marco interamericano, para después, sobre la base de los lineamientos de política exterior sugeridos por las nuevas autoridades nicaragüenses³ y los contenidos en el programa de gobierno de la Junta de Reconstrucción Nacional, determinar las posibles implicaciones de la nueva política exterior nicaragüense, tanto a nivel del contexto regional (América Latina), como a nivel del contexto contiguo (América Central)⁴.

I. El contexto interamericano

Para la América Latina como región, el hecho predominante del siglo XX en el campo de las relaciones internacionales ha sido la preponderancia norteamericana, impugnada con mayor o menor intensidad según la coyuntura del momento y las características de cada nación.

Las grandes políticas norteamericanas para la región, de la política del "gran garrote" a la del "nuevo diálogo" o a la de los "derechos humanos", siempre han tendido a defender los intereses económicos y políticos de los Estados Unidos.

A partir de 1945, las relaciones internacionales del continente quedaron definidas y determinadas por un suceso fundamental: el estallido de la "guerra fría", que significó el fin de la alianza entre la URSS y los países capitalistas occidentales y la oposición entre dos concepciones políticas, económicas y sociales del mundo antagónicas, el capitalismo y el socialismo.

En el ámbito latinoamericano, las consecuencias de este enfrentamiento fueron múltiples, aunque una determinante: la instauración en el hemisferio de una lógica de "seguridad colectiva" basada en una supuesta "armonía de intereses" entre los Estados Unidos y los países latinoamericanos. Esta lógica se tradujo en una lucha anticomunista y antisubversiva que hizo imposible cualquier tentativa de relación directa con el bloque antagónico, y condujo a la estructuración formal del sistema interamericano, lo que tuvo como corolario los intentos de organizar institucionalmente una coo-

peración de alcance hemisférico, el todo bajo la hegemonía de los Estados Unidos como potencia regional indiscutida. En esta coyuntura, y sobre todo después del triunfo de la revolución cubana, los gobiernos norteamericanos y los grupos dominantes latinoamericanos perciben cualquier intento de cambio de los patrones económicos, sociales e internacionales en la región, como un cambio hacia un modelo específico, socialista, marxista-leninista a nivel interno, sometido al polo soviético a nivel externo. En el plano económico, la América Latina constituye un campo ilimitado para las inversiones de las grandes transnacionales norteamericanas, con la posibilidad de controlar desde dentro el proceso de industrialización acelerada en que se empeñan los países latinoamericanos. Durante estos 25 años, el margen de maniobra de los gobiernos latinoamericanos es prácticamente nulo frente a Washington.

En aparente paradoja, durante este cuarto de siglo se gestan los factores que a partir de los años setenta evidencian la oposición entre los Estados Unidos y su periferia inmediata, la América Latina. La evolución misma del sistema capitalista internacional y el crecimiento sin precedentes de la economía mundial tienen como consecuencia la profundización de sus contradicciones internas, de las cuales una es de importancia capital dentro del marco de las relaciones internacionales: la consolidación y agravación de la "brecha" que separa a los países desarrollados de los países denominados en vías de desarrollo.

Por otra parte, durante este mismo período acceden a la independencia los territorios coloniales que conformaron durante casi un siglo los imperios europeos, el escenario internacional se mundializa, los nuevos países vislumbran sus intereses comunes frente al bloque de los países capitalistas desarrollados y empiezan a forjarse vínculos de solidaridad entre los países del Tercer Mundo.

En el plano de las relaciones entre las dos superpotencias, la "guerra fría" cede poco a poco el lugar a la distensión internacional y a la coexistencia pacífica. En esta nueva coyuntura, la administración Nixon lanza una nueva política para la América Latina. El Secretario de Estado Henry Kissinger promueve el inicio de "un nuevo diálogo" con los países situados al sur del Río Grande. En varios de sus discursos⁵ evoca como problema prioritario a resolver dentro del mundo interamericano, el de las corporaciones transnacionales y las transferencias de tecnología con miras a mejorar las relaciones entre el Norte y el Sur del hemisferio. El presidente Carter, inspirado en los lineamientos políticos elaborados por la Comisión Trilateral,

aboga, simultáneamente con su política de derechos humanos, por una nueva declaración de principios que reemplace la actitud que implican reglamentos como la tristemente célebre enmienda Hickenlooper y que ordene el tratamiento de las corporaciones transnacionales, de manera a evitar los choques frontales con grandes sectores latinoamericanos cuando éstos, como respuesta al debilitamiento de las economías de sus países (simbolizado principalmente en el deterioro no sólo de sus balanzas de pagos sino también de sus balanzas comerciales), empiezan a presionar a sus gobiernos para que se establezcan políticas más y más intervencionistas con miras a controlar mejor los recursos productivos nacionales.

Las corporaciones transnacionales por su parte, conscientes del creciente "nacionalismo latinoamericano", están dispuestas a integrarlo en su nueva estrategia⁶ asociándose estrechamente al capital nacional, ya sea por medio de la colocación de acciones en los mercados de valores nacionales o por el establecimiento de empresas conjuntas [*joint-ventures*]⁷, a la vez que aumentan la participación de empleados nacionales a todos los niveles, en particular en los órganos de decisión locales.

La política de perfil prismático [*low profile*] para la América Latina, instaurada desde hace más de un lustro como consecuencia de la nueva coyuntura internacional (distensión-oposición Norte Sur) y gracias a la consolidación a nivel local de regímenes estables, capaces de mantener el orden y de garantizar los intereses económicos y estratégicos norteamericanos a largo plazo, va a contribuir decisivamente a ampliar el margen de maniobra de los países latinoamericanos dentro del sistema internacional global en general y a nivel del contexto regional en particular. Por otra parte, allí donde los regímenes militares han actuado eficazmente implantando un orden social relativamente estable, el Departamento de Estado y la Casa Blanca propician soluciones de tipo democrático representativo, como las que al parecer han funcionado con relativo éxito en Costa Rica y Venezuela desde hace varias décadas.

II. La situación de Nicaragua

A. Las implicaciones de la guerra

Dentro de este nuevo patrón de relaciones tiene lugar el derrocamiento del régimen somocista, guardián del orden en Centroamérica y uno de los últimos supervivientes del alineamiento incondicional al Departamento de Estado y al Pentágono.

A nivel internacional, la solidaridad militante de varios países de la región, especialmente de Costa Rica, Venezuela (durante los últimos meses del gobierno de Carlos Andrés Pérez) y Panamá, contribuyó en forma determinante al triunfo de la revolución sandinista. El gobierno de Costa Rica proporcionó a los combatientes sandinistas tierra de asilo y base de retaguardia durante todo el tiempo que duró la insurrección. Panamá y Venezuela proporcionaron armas y favorecieron la creación de brigadas internacionales de jóvenes nacionales deseosos de luchar por una causa justa. Sin embargo, a pesar de la importancia de esta ayuda material, la gran contribución de estos países fue la "movilización diplomática" que originaron en el seno de la OEA.

Las protestas formales formuladas por el gobierno del Presidente Rodrigo Carazo ante la Conferencia de la OEA fueron acogidas y apoyadas por Caracas y Panamá, y la mayoría de los países americanos condenaron los ataques perpetrados por la Guardia Nacional nicaragüense en suelo costarricense.

Poco tiempo después, en gran medida gracias a las gestiones de los tres gobiernos mencionados, los países del Pacto Andino y México se suman a los países que respaldan abiertamente la lucha del pueblo nicaragüense en contra de la dictadura. A finales de junio, en Washington, con ayuda de los países antillanos que han accedido a la independencia recientemente, se consolida un bloque en el seno de la OEA que logra anular los intentos del gobierno norteamericano de enviar a Nicaragua una fuerza interamericana de paz y de establecer en ese país un gobierno de "reconciliación nacional" cuyo objetivo sería arrebatarle el triunfo al Frente Sandinista. En esos momentos, el Grupo Andino reconoce al FSLN como beligerante, y varios países rompen sus relaciones diplomáticas con Somoza. La resolución adoptada por la OEA e impuesta por los latinoamericanos a Washington, insiste en el respeto al principio de la no intervención. Sólo los representantes de Nicaragua y Paraguay se oponen, y los de Guatemala, Chile, Uruguay, Honduras y El Salvador se abstienen. En realidad, el bloque latinoamericano que empieza a conformarse en 1975 en torno a las reformas al TIAR y al levantamiento de las sanciones impuestas a Cuba, se consolida definitivamente en el seno de la OEA con la oposición abierta al régimen somocista y a las tentativas del gobierno de Washington por mantenerlo en el poder.

En definitiva, las bases internacionales de la maquinaria somocista, desde el capital invertido en los países vecinos hasta el "lobby" de ochenta

miembros del Congreso Norteamericano y las poderosas influencias de múltiples personalidades militares, determinan desde el primer momento el carácter internacional de la lucha antisomocista. La nueva coyuntura latinoamericana hizo posible que se manifestara la solidaridad regional a favor del FSLN. Por otra parte, las tendencias socialdemócratas de una de las fracciones del Frente (tercerista) lo impulsaron desde temprano a acercarse a la socialdemocracia internacional y, en particular, a los grandes partidos socialdemócratas latinoamericanos (Acción Democrática y Liberación Nacional).

Como bien lo expresó el subsecretario de Estado Vyron Vacky, pocos días antes del derrocamiento del dictador:

"Los nicaragüenses y nuestros amigos democráticos de la América Latina no tienen la intención de ver a Nicaragua convertida en una segunda Cuba y están dispuestos a impedir la subversión de su causa antisomocista por Fidel Castro. Nos unimos a ellos en ese importante objetivo."⁸

Tanto la socialdemocracia internacional como los sectores liberales de los Estados Unidos decidieron dar su apoyo a las fuerzas insurgentes con el propósito de evitar la radicalización del proceso y, sobre todo, con vistas a neutralizar el apoyo que los combatientes sandinistas recibieron de Cuba.

B. Las consecuencias regionales de la caída de Somoza

Sin prejuzgar sobre el rumbo definitivo que tomará la Revolución Sandinista y el grado de radicalización que alcanzará a nivel interno, podemos decir con Bernard Cassen que de la crisis nicaragüense ha surgido "un modelo de 'salida de la dictadura' susceptible de ser nuevamente utilizado, esta vez con menos 'errores', en la América Central, y quién sabe si no también en el Cono Sur"⁹.

En este sentido, con ocasión de su viaje a Managua pocos días después del triunfo sandinista, el senador Edward Zorinski, presidente de la subcomisión de asuntos internacionales para el hemisferio occidental, declaró:

"Si este país se convierte en una democracia, tendremos aquí un modelo para los países de América Latina para los años venideros."¹⁰

Se trata efectivamente de mantener a Nicaragua dentro del campo occidental, aunque esto im-

plique la aceptación por parte de Washington del establecimiento de nuevos vínculos de dependencia, ya no sólo con los Estados Unidos sino también con el conjunto de los países capitalistas desarrollados y con las instituciones financieras internacionales. En esta hipótesis es evidente que se ampliaría el margen de maniobra del país centroamericano con relación a Washington y, por ende, con relación al centro del sistema en general. Si, como parece ser el caso, Nicaragua evoluciona hacia una democracia "popular" (entendiendo por esto un proceso de democratización no sólo político sino también económico, social y participativo), a nivel internacional, dada su situación geopolítica, dicho país tendría que mantener una posición de estricto neutralismo, única posición compatible con su permanencia dentro del sistema interamericano.

Por otra parte, la nueva relación de fuerzas que se ha estructurado en la OEA, reforzada con el voto de una Nicaragua progresista, puede hacer de este organismo, no un mecanismo formal destinado en gran medida a legitimar la política exterior norteamericana hacia la América Latina, sino un foro donde los Estados Unidos tendrán que negociar con los países del Sur en términos de respeto mutuo.

Aunque no todos los sectores norteamericanos lo conciben así, esta nueva situación no es fundamentalmente desfavorable para los Estados Unidos en la medida en que las contradicciones económicas y políticas que los oponen a ciertos países latinoamericanos, son secundarias siempre y cuando estos últimos no constituyan una amenaza para la coalición occidental. Sabido es, por otra parte, que entre los intereses norteamericanos más poderosos en la América Latina se está dispuesto a aceptar cierta dosis de nacionalismo latinoamericano.

Los grandes perdedores en esta coyuntura son las dictaduras militares de la región, especialmente las de El Salvador y Guatemala, en donde las presiones en pro de un cambio político y social se han agudizado con el triunfo de la revolución en Nicaragua, independientemente del hecho que el FSLN les proporcione o no ayuda a los movimientos opositores. A este respecto resulta interesante y significativo el informe presentado por Vyron P. Vacky ante la Comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes norteamericana, en la cual acepta la inevitabilidad del cambio en Centroamérica y sugiere que "si no nos ponemos del lado de las aspiraciones legítimas del pueblo de estos países, así como de los elementos democráticos que procuran cambios constructivos pacíficos,

el respeto por los derechos humanos y la equidad fundamental, habremos de colocarnos en el lado indebido de la historia". Citando a Hans Morgenthau, Vacky termina el informe diciendo: "La verdadera cuestión que la política exterior de los Estados Unidos tiene planteada ante sí... no es la de cómo preservar la estabilidad ante las revoluciones, sino la de cómo hacer que de las revoluciones surja la estabilidad"¹¹. Este informe constituye indudablemente la sugerencia de un cambio bastante radical en la política exterior de los Estados Unidos; su aplicación real constituiría una derrota para los "halcones" del Pentágono y del Consejo Nacional de Seguridad.

Aparentemente se está dando ese viraje. En efecto, en El Salvador, los Estados Unidos han visto con buenos ojos (por no decir que propiciaron) la toma del poder por un grupo de militares jóvenes que parecen deseosos de fomentar un cierto número de reformas con vistas a neutralizar, en la medida de lo posible, la presión de las masas que el gobierno del General Romero no había podido controlar. Para mediados de diciembre se encontraba en el Congreso una solicitud del presidente Jimmy Carter por la suma de 170 millones de dólares para los países de América Central y del Caribe, que incluyen 75 millones para Nicaragua y 40 millones para Honduras y El Salvador¹².

En lo que se refiere a las dictaduras militares del Cono Sur—Chile, Argentina, Brasil y Uruguay—éstas se ven cada vez más aisladas a medida que los militares abandonan el poder en Bolivia, Perú, Ecuador, presas de su lógica de lucha antisubversiva exacerbada y condenada por la comunidad internacional por las violaciones a los derechos humanos. Ni siquiera Brasil, promovido como potencia regional por la administración precedente, pudo hacer oír su voz en lo referente a Nicaragua.

Finalmente, los "presidentes vitalicios" de Paraguay y Haití se dan cuenta que deberán ceder algún día el poder a una oposición que ha sobrevivido a pesar de la represión de que ha sido víctima durante décadas.

En un seminario organizado por la Universidad Centroamericana en Managua, el comandante Tomás Borge enfatizó: "Como somos débiles, seremos flexibles en nuestras alianzas con organizaciones y gobiernos del extranjero"¹³.

A nivel regional existe una amplia apertura; Brasil, Perú, Venezuela, Cuba y México canalizan hacia Nicaragua todo tipo de ayuda, aunque ésta no deja de ser insuficiente para cubrir las necesidades del país.

Ultimamente Managua ha estrechado sus lazos con La Habana. El gobierno de Fidel Castro no ha escatimado su ayuda en la medida de sus posibilidades. Además de los 2.000 maestros, técnicos y médicos que prestan su colaboración en los diferentes programas lanzados por la Junta de Reconstrucción, numerosos asesores militares trabajan con el Ejército Sandinista. Por otra parte, las autoridades cubanas han recibido ya dos grupos de 1.200 niños nicaragüenses cada uno para ser educados en la isla¹⁴.

Como es de suponer, este acercamiento entre Cuba y Nicaragua no ha dejado de inquietar a Washington y a los sectores dominantes latinoamericanos en general y centroamericanos en particular. Sin embargo, la socialdemocracia internacional continúa apoyando a la revolución sandinista¹⁵.

Por otra parte, también el gobierno venezolano parece siempre decidido a proporcionarle ayuda económica, como se desprende de las declaraciones oficiales emitidas con ocasión del anuncio de la visita del presidente Herrera Campíns a Nicaragua.

III. La política exterior del Gobierno de Reconstrucción Nacional

En lo que se refiere a la política exterior propiamente dicha, las nuevas autoridades la basan en los principios de no intervención y de libre autodeterminación de los pueblos, dándole una orientación resueltamente "tercermundista".

Conscientes de la relativa fragilidad del proceso que se ha iniciado con la revolución sandinista en un marco regional no del todo favorable, los dirigentes han tratado hasta ahora de definir la posición de Nicaragua como complementaria de los esfuerzos propiciados por otros países de la región en favor del establecimiento de un nuevo orden económico internacional que respete la libre determinación de los países en vías de desarrollo.

Ante la conferencia del SELA reunida en Caracas, en agosto último, el representante de la Junta de Reconstrucción Nacional, Alfonso Robelo Callejas, aboga por una verdadera cooperación y por una política regional tendiente a fortalecer el poder negociador latinoamericano frente a los países industrializados. En gran medida, Nicaragua toma los temas tercermundistas introducidos en el discurso de política exterior latinoamericano por Allende, Echeverría y Carlos Andrés Pérez desde hace ya casi seis años: el cumplimiento de los deberes y derechos económicos de los Estados, la necesidad de establecer nuevas pautas de conducta en lo referente a la transferencia de tecnología y

el apoyo a las organizaciones de productores tendientes a defender el precio de las materias primas. Nicaragua respalda explícitamente a la OPEP. Sin embargo, va más lejos en la medida en que introduce los temas de la "solidaridad con los intereses de los países que aspiran a su independencia económica, social y política y que luchan contra toda forma de dominación imperialista, colonialista o neocolonialista"¹⁶ y de la solidaridad "con las ansias libertarias y democráticas de todos los pueblos del mundo"¹⁷. Por una parte, las nuevas autoridades nicaragüenses introducen en su discurso diplomático los temas de los países no-alineados; por otra, amplían el contenido del tema de la "democracia" tradicionalmente invocado en América Latina, por Venezuela y Costa Rica.

Con respecto a Centroamérica, los gobernantes nicaragüenses iniciaron una ofensiva diplomática tendiente a fortalecer el eje Managua-San José-Panamá. Luego del reciente golpe de estado en El Salvador, los nuevos gobernantes salvadoreños podrían si no "adherir" al "bloqueo" sur, al menos adoptar una actitud de neutralidad positiva. Por otra parte, con Tegucigalpa los problemas que se han suscitado en la frontera no parecen de difícil solución y Honduras continúa siendo un país "relativamente abierto a los cambios sociales"¹⁸.

En lo que se refiere al diferendo con Colombia a propósito de las Islas San Andrés y Providencia y de los cayos Quitasueños, Roncador y Serrana, después de haber denunciado unilateralmente en febrero de este año el tratado Bárcenas Meneses-Esguerra, mediante el cual Nicaragua reconoce la soberanía de Colombia sobre dichas islas, el gobierno nicaragüense parece haber, si no archivado el problema, al menos reconsiderado su importancia en vista del aislamiento diplomático que podría sobrevenir a raíz de un enfrentamiento con Colombia, sin que ello implique abandonar el principio de la soberanía nicaragüense sobre las 200 millas de mar territorial.

Hasta hoy, la nueva Nicaragua plantea como objetivo general de su política exterior a largo plazo, como la gran mayoría de países del Tercer Mundo, el establecimiento de un orden económico internacional más justo. A mediano plazo, el objetivo principal de la política exterior es la diversificación de las relaciones diplomáticas, económicas y comerciales del país con todo el mundo, de manera de aumentar su capacidad de negociación. A corto plazo, los objetivos de política exterior son: primero, obtener ayuda internacional para la reconstrucción del país en los términos más favorables posibles sin aceptar ninguna clase de "ataduras"; segundo, obtener mejores términos en la reestruc-

turación de la deuda externa y, finalmente, aumentar rápidamente los mercados y conseguir trato pre-

ferencial comercial para los productos nicaragüenses.

EL PAPEL DE

NOTAS

- 1 TOMASSINI, Luciano. *Tendencias favorables o adversas a la formación de un sistema regional latinoamericano*. *Foro Internacional* 60 15 (4). Abril-junio. 1975. Págs. 3-45.
- 2 Utilizamos el concepto de viabilidad nacional en el sentido elaborado por JAGUARIBE, Helio en su libro *Desarrollo político: sentido y condiciones*. Buenos Aires. Paidós. Col. Economía, Política y Sociedad. 1972. Capítulo VII. Págs. 164-187.
- 3 En este sentido, nuestra principal fuente de información la constituye el diario *Barricada*, órgano oficial del Frente Sandinista de Liberación.
- 4 Utilizamos los conceptos de contexto regional y contexto contiguo tal y como los define ROSENAU, James en su trabajo *Hacia el estudio de las vinculaciones nacionales-internacionales*. En SINGER, J. D. y ROSENAU, J. N. *Sistema global, subsistemas y vinculaciones nacionales-internacionales*. Buenos Aires. Ed. Nueva Visión. Col. Fichas No. 18. 1973. Págs. 61-105.
- 5 Véase en particular el discurso pronunciado ante el Combined Service Club en Huston, Texas, en *Boletín de 10 Integración*. 10 (112). Abril. 1975. Págs. 200-206, y el que pronunció en la VI Asamblea General de la OEA en Santiago de Chile, el 9 de junio 1976, en *Integración Latinoamericana. Los aspectos sociales*. 1 (5). Agosto de 1976. Págs. 79-82.
- 6 Para un estudio detallado de esta nueva estrategia, véase COLLINS, Joseph D. *Las corporaciones globales y la política de los Estados Unidos hacia América Latina*. En *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*. 72. Abril-junio. 1973. Y MARTINS, Luciano. *La política de las corporaciones multinacionales norteamericanas en América Latina*. *Ibidem*.
- 7 Estas operaciones (empresas) conjuntas se presentan bajo diversas modalidades:

- Asociación de dos o más corporaciones de diversos orígenes para invertir en un tercer país.
- Asociación de inversionistas extranjeros con inversionistas locales privados o públicos.
- Control de las empresas locales por medio no ya del capital sino de los "intangibles" (administración, tecnología, comercialización y disminución, etc.).

- 8 *La Prensa Libre*. 28 junio 1979. (Cable United Press International).
- 9 CASSEN, Bernard. *Un précédent inquietant pour les autres dictatures*. *Le Monde Diplomatique*. Sept. 1979.
- 10 CASSEN, Bernard. *Op. cit.*
- 11 VACKY, U. P. Informe presentado ante la comisión de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes.
- 12 El "paquete" fue aprobado por la Cámara de Representantes en marzo del presente año. En lo que respecta a Nicaragua se votó un crédito de 75 millones de dólares en términos de "ayuda de emergencia" condicionando ésta a que la Junta proporcionara garantías sobre la protección de los derechos humanos.
- 13 *La Nación*. 18 de noviembre de 1979.
- 14 *News Week*. Vol. XCV. N° 15, 14 de abril de 1980.
- 15 *La Nación*. Abril de 1980.
- 16 Discurso del representante de la Junta de Reconstrucción Nacional ante el plenario de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), el 27 de septiembre de 1979 en New York. *Barricada*. 4 de octubre 1979.
- 17 ROBELO CALLEJAS, Alfonso. *Para Nicaragua la reconstrucción es más que un hecho físico*. *SELA en acción*, No. 9.
- 18 VACKY, U. P. *Op. cit.*

